



EL SUEÑO DE LOS PEONES



FERMÍN MORANT HONTANILLA

EL SUEÑO
DE LOS PEONES

Primera edición: junio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fermín Morant Hontanilla

ISBN: 979-13-88195-66-2

ISBN digital: 979-13-88195-67-9

Depósito legal: M-12706-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Publicado en España

Todos los derechos reservados.

A Ana, mi mujer.

A quién tengo que agradecerle la paciencia que ha tenido mientras escribía el boceto de esta novela, no tengo palabras para expresar el agradecimiento que ha significado para mí.

Muchísimas gracias de corazón, Ana.

Por otra parte, muy importante, agradecer la comprensión y el saber hacer de Adrián Naranjo, con quién sin él hubiera sido imposible terminar el boceto de este libro.

Muchas gracias, Adrián, por tu dedicación, tu saber hacer y tu entrega hacia mí.

He conocido al profesional, además de entender su postura personal para con los autores.

Espero que tu atención me siga correspondiendo en las facetas que queden.

Lo dicho, muchísimas gracias.

PRIVILEGIO	13
RESIGNACIÓN	27
ANÁLISIS DE RIESGOS.....	33
GOLPE DE ESTADO	49
ENTRE PEAJES	59
IRONÍA	69
PACIENCIA Y COMPRENSIÓN	79
SEÑUELO	91
LO ÚLTIMO QUE SE PIERDE	109
ARRECIFE	121
SANTA LUCÍA.....	137
LEGADO	151
REINA DEL CARNAVAL	165
PROTOCOLO DE INTENCIONES	183
OTOÑO EN BAVIERA	191
ISCARIOTE DE CAMPOAMOR	201
VERDAD OCULTA	227
ESCEPTICISMO	241
UN LEGADO DE OCHO PATAS	255
IMPATRIADO	271
ISÓMERO	283
CHICA DE AYER	305
UN SOLO CORAZÓN	321
CONDENSADOR DE FLUZO	339
ÍCARO	361
HIJOS DE NEO	387

Reposaba distraída en la reducida instancia, luchando en contra de la paz que simulaba albergar. La inquietud le podía. Alzándose con ímpetu de su sillón, se dirigió a la cómoda del despacho. El tiempo de receso había concluido.

—En ningún momento he podido percibir existencia de confabulación alguna. Cada uno de los entrevistados ha sabido transmitirnos los motivos de su decisión —contestó sin mirarle y sin que hubiera mediado pregunta alguna. Se observaba frente al espejo.

—¡Ah!, ¿no? —conjeturó él, dolido porque su propia hermana se atreviera a criticar sus presunciones.

—Nos han concedido la oportunidad de comprenderles.

—Eres demasiado inocente —alabó Tomás.

—No creas —recriminó Blanca, mostrando refinado reproche—. Seguiremos con lo planeado. Convinimos reunirnos con los disidentes. ¡¡¡Entrevistémosles!!!

PRIVILEGIO

2024

La costumbre del lugar sugería celebrar el acontecimiento recuperando viejas historias, cuentos, anécdotas y alegorías, cantando, saltando, bailando y riendo hasta que, llegada la medianoche, los más atrevidos introducían los pies en el agua para cumplir, al menos, uno de sus mayores deseos. Festejar el momento en el que el día mantendría más horas de sol. Desde siempre había sido considerado situación especial. Veinte de junio. Antesala de la Noche de San Juan.

Al individuo con un portento físico inigualable, aspecto agraciado, tez morena, extremidades exageradas, ciento veinte kilos de peso y treinta y ocho años más de supervivencia que de experiencia siempre se le atribuyeron distinciones inherentes al cargo para el que había sido elegido. Llegado desde la zona occidental de Europa, monopolizaba en su liderazgo la toma de decisiones de forma unidireccional. En esta oportunidad, escogió a cuatro de sus fieles incondicionales. Le acompañaban orgullosos en el interior del vehículo en estrecho mutismo, cuando escucharon engatillarse el engranaje del motor de forma repetida, mientras el propio Bojan empuñaba, obcecado, la palanca de cambios, enemistándose con el juego de embrague y acelerador.

El menor de los afincados pretendió envalentonarse.

—Es que...

—¡Cállate, Giorge! —ordenó Bojan, gruñendo al tiempo que descargaba un manotazo sobre el salpicadero del singular BMW.

El embellecedor quebró su diseño, agrietándose por la parte superior izquierda. Los ensangrentados nudillos de su derecha certificaban sin excusas la barbarie cometida. Sus manos supieron agarrarse con firmeza al volante, señalando en su proceder las diez y diez de las hipotéticas agujas del reloj.

El conductor sorprendió al resto de los congregados frenando en seco. El violentado auto derrapó por el andurrial, deslizando las ruedas traseras a su izquierda. En el arrastre, golpeó el lateral externo de la zona contra la escasa protección de acero del erosionado quitamiedos. Resguardaba el semiasfaltado itinerario, evidenciando serias dificultades, tantas como defectos aglutinaba la superficie rodada. Direccionando el volante con presteza, salió de la pista para adentrarse en el empedrado que, medio escondido tras una agrupación de higueras silvestres sin recolectar, dejaba entrever los peores vestigios del estrecho camino.

Bojan se permitió esbozar una ligera sonrisa frente al retrovisor. Resultaba paradójico, pero el lugar desde donde huyó en busca de El Dorado nada tenía que envidiar a las tierras por donde transitaba.

Simulaba presentarse como un antiguo recorrido trashumante en plena decadencia, recubierto de obstáculos naturales tan indefinidos como inacabables. El motor resistía el empuje de la tracción sin excesivos esfuerzos. Recorridos no menos de ochenta metros de constante traqueteo por el angosto sendero, alejado de la mano de Dios, avisaron de frente una posibilidad. La entrada al peaje de la autovía de pago quedaba a escasos metros a la derecha. Única dificultad: atravesar los antiguos raíles de tren por encima del montículo repleto de cantos rodados en forma extrañamente rectangular.

El trayecto a través de la carretera de peaje entrañaba la desventaja de pronunciarse más largo, pero la potencia de la generosa propulsión recuperaría con creces el tiempo por los kilómetros añadidos.

Frente a la estrecha cabina de vigilancia de la autopista, Bojan eludió cruzar la mirada con el supervisor de la adjudicataria. Recogió el *ticket* de la máquina dispensadora en absurdo silencio y continuó su andadura. Suspendida en cuarto creciente, la principal testigo de cargo simulaba ofrecerse, interesándose en favor de la relevancia del suceso.

Transitados una veintena de kilómetros por la autovía de pago, deslizó el vehículo con aparente conformidad hacia la primera bifurcación. Eligió tomar el desvío principal.

«Zona de paso restringido», rezaba el señalizador en rojo sobre blanco metálico. Acometían la carretera privada de las envidiables instalaciones de la fábrica del Valle.

Desviando una nimiedad la vista de la carretera, volvió a reparar en el digital del salpicadero.

—¡Es posible! —resaltó en voz alta, esperanzado.

El cuatro por cuatro cruzó la estrecha travesía sin reparar en el adoquinado de la calzada. Conocían a la perfección cada tramo de la vereda. Dieciocho meses ininterrumpidos prestaron sus servicios en la corporación empresarial antes de ser despedidos con la noble y no menos arbitraria excusa de «expiración del periodo de contrato de obra o servicio».

Bojan presionó el pulsador exterior. Luces largas.

El restaurante, situado en la planta baja del complejo empresarial, permitía descubrir con facilidad su interior a través de los amplios y crecidos ventanales. Franqueada la barrera de seguridad, redujo el motor a velocidad ralentí, aproximando el vehículo a escasos metros de la redecorada entrada.

Resultó relativamente sencillo conseguir un duplicado de la tarjeta de acceso de Illie, acérrimo encargado del segundo turno de almacén.

Aferrándose al cuero del volante, Bojan mantenía el ceño fruncido, interesado en un objetivo. Al fondo, las luces del pasillo detrás del mostrador se presentaban como las únicas predisuestas a rebelarse contra el definitivo cierre de puertas. Inspiración insuficiente para ahuyentar clientes de última hora.

Agradeciendo complacido la ausencia de huéspedes, el encargado en funciones recorría el comedor, preparando las mesas para el desayuno de la jornada siguiente. Bojan suspiró atemperado. Confiaba en la diligencia del conocido delegado, pero, en su opinión, ni las costumbres se heredan ni los hábitos pasados aseguran prácticas futuras.

Le supuso al locuaz camarero veinte minutos, al menos, para concluir la loable voluntad de disponer el comedor en perfectas condiciones.

—Un día duro —intuyó, emitiendo un chasquido con la lengua. Girándose hacia atrás, asintió.

—¡Adelantaos! —descubrió.

Los acoplados en las plazas laterales del asiento posterior, autoproclamados hermanos en sociedad sin serlo, abrieron al tiempo las respectivas portezuelas traseras. Supieron devolverlas a su posición original sin generar estrépito.

Él volvió a resoplar.

Alejándose con prudencia, Vasil y Bogdan, supuestos hermanos por conveniencia, se dirigieron con rapidez hacia la entrada del espacioso local, inscrito de interés público en los correspondientes archivos del organismo corporativo de la asimétrica zona. El emplazamiento oficial, a efectos catastrales, quedaba circunscrito entre tres partidas colindantes. Cuestión que, por supuesto, Bojan y los suyos desmerecían conocer.

A Giorgi, tercero en discordia, sentado en la plaza central del asiento trasero, y a Plamen, copiloto por expresa designación, hijastro del considerado como el mejor y más antiguo de sus amigos, los acompañó hasta las postrimerías de la zona de carga y descarga de paquetería, conduciendo con la seguridad y suavidad características de buen conocedor de senderos y entresijos de la propiedad privada por la cual se desplazaban.

Los últimos en abandonar el vehículo llegaron con facilidad frente al estrecho enjaulado del almacén, instaurado de forma provisional en la planta baja del segundo edificio de hormigón. En lo alto del muro, un cartel avisaba: «Acceso temporal».

Mirándose el uno al otro con ineludible complicidad, esgrimieron al tiempo una mueca socarrona.

—No hay nada que dure más que lo provisional —apuntó Plamen, expresando el inconveniente recién descubierto.

El arrinconado portón, forjado en aluminio y hierro, donde guardaban infinidad de útiles de limpieza, aparecía sellado con cierre especial de seguridad. Cerradura protegida por un candado de insólitas dimensiones. Convinieron en auparse.

Bojan, simulado obrero de la fábrica desde que traspasara el poste de seguridad, estacionó el todoterreno entre dos de los residentes acampados en el terraplén. Recios y voluminosos cacharros asentados en la enorme parcela conocida coloquialmente como «campa de

trabajadores». El consabido emplazamiento restaba a la intemperie, desasistido de vigilancia, acogiendo, entremezclados sin orden ni presunción, vehículos de distinto tipo, dimensiones y antigüedad, en algunos casos reconstruidos con piezas más inverosímiles que antiguas.

El cuatro por cuatro destacaría por la mañana. Sustraído cuarenta y ocho horas antes, sería descubierto reposando en la más triste de las miserias en aquel campo de grava y arena, con las matrículas cambiadas y las lunas traseras tintadas en oscuro añil. La compañía aseguradora agradecería la obligación de reparar el golpe sufrido contra el quitamiedos. Leve responsabilidad comparada con la prebenda de asumir el pago de indemnización por robo.

Sin que le importara lo más mínimo dejar las llaves en el encendido, descendió del automóvil, cerrando la puerta con la extraña elegancia de quien se siente propietario de un bien ajeno. Condición atribuible a un reducido número de personalidades.

Encaminándose con ejemplar parsimonia hacia las escaleras del aparcamiento vigilado, fijó la mirada en la superficie por donde pisaba, tratando de simular apariencia despreocupada hasta alcanzar el primero de sus objetivos.

Las pulsaciones de su muñeca izquierda empezaron a dulcificarse. De ser descubierto en el intervalo existente entre ambos estacionamientos, cualquier opción que no fuera la de retirada carecería de importancia.

En el rellano del segundo de los emplazamientos, sintiéndose más seguro, extrajo del amplio bolsillo del holgado vaquero acampanado, rabiosamente desgastado por el uso, un estrujado y antiguo sombrero playero. Ajustándose con fuerza sobre la cabeza, inclinó la frente hacia adelante con intención de pasar inadvertido ante la irrespetuosa cámara de vigilancia.

Nueve escalones más tarde, con más dificultad de la intuida en principio por la estrechez del pasillo de escaleras, consiguió arribar a la convenida planta del *parking*.

En los albores del segundo sótano, alzando el brazo hacia ninguna parte y en dirección a todas, accionó repetidamente la copia del mando a distancia, inquieto por el resultado. Apartado del resto de inquilinos, el penúltimo de los allí estacionados respondió con el encendido de intermitentes. La inteligencia tecnológica todavía no

había alcanzado la suficiente madurez para distinguir al propietario de cualquier persona que poseyera las llaves del automático.

Gama alta, tipo ejecutivo, diseño deportivo y elevada cilindrada. Destacaba con aspecto vanidoso en oscuro granate.

El pie sobre el pedal de freno y un sencillo contacto del índice derecho con el interruptor supusieron ejercicio suficiente para accionar el sigiloso motor británico.

Previo a la maniobra marcha atrás, buscó en el fondo del sombrero de playa la resguardada careta de goma-plástico. Gracias a las adjuntas tiras elásticas, enmascaraba su rostro sin fisuras. En segundos, se convirtió en un mal caricaturizado expresidente de Gobierno.

Rio sin sentido ante su propia idea al verse reflejado en el espejo lateral.

Reconoció no haber sido nunca aficionado al pádel.

Bromeando sobre su propia situación y admirando el laureado rugido del motor, ascendió por las consecutivas rampas del subterráneo edificio hasta el primer nivel del aparcamiento.

Eludió dirigirse hacia la cabina de la salida norte. La zona sur, de paso minimalista, cedía un trato exclusivo para altos cargos de la compañía, previo reconocimiento de lectura óptica de la matrícula.

Soportando una asfixiante temperatura en el rostro, condujo el auto con extrema precaución, encarando el frontis hacia el dispositivo de seguridad.

La valla de salida se alzó sin tardanza. Las matrículas habían sido sustituidas. Los caracteres alfanuméricos coincidían con los del Mercedes Clase E del director general.

Libre de prejuicios, enderezó la circulación por la senda circundante hacia las tres torres del complejo empresarial.

Apartándose del vaivén de la travesía principal, condujo de forma ilícita por encima de la zona ajardinada, sin interesarse lo más mínimo por el socavón producido en el césped.

Tras acordarse en tono jocoso de los vigilantes de seguridad —tres personajes de avanzada edad que prácticamente no se movían de su silla en toda la noche—, situó la berlina a buen recaudo.

Las frondosas encinas del entrañable recodo de la zona disimulaban la esbelta figura del elegante acabado metalizado oscuro.

Desconectando el motor, esperó, reflexivo.

«Cuando realizamos un viaje de ida y vuelta a cualquier destino, llegado el momento de volver a nuestro punto de origen, ¿por qué al regresar ocupamos de nuevo la misma plaza que elegimos en el viaje de ida? Y cuando no nos resulta posible, ¿por qué llegamos a molestarnos si otra persona se acomoda en la que considerábamos nuestra butaca?».

Recompensado por la bonanza de desvalijar a quien consideraba saqueador supremo del reino, no necesitó esperar en exceso. Los compañeros que dejara en primer lugar en el funcional restaurante-comedor se integraron con rapidez e ímpetu, dejándose caer en las mismas plazas que ocuparan en el primero de los coches, las laterales de la parte trasera.

Bojan ladeó la cabeza, todavía sorprendido por su ocurrencia anterior. Transcurridos unos mínimos segundos, Vasil y Bogdan, reconvertidos en hermanos para la sociedad, recién incorporados al Bentley, volvieron a mirarse entre ellos, extrañados. Esperaban un recibimiento muy distinto al de saberse ignorados. Las entrecortadas respiraciones de los muchachos, expectantes en el común asiento postrero, devolvieron a Bojan a la realidad de los hechos. No era momento para felicitaciones ni elucubraciones intrascendentes. A decir verdad, nadie que los observara por vez primera se atrevería a jurar que no eran familia. Mantenían una semejanza inaudita.

Entraron en el restaurante con la avidez de quien depende de una única posibilidad, conociendo su cometido a la perfección. Con firme resolución, se animaron con presteza hacia la longitudinal madera. Recubierta con grueso barniz, recorría el ancho del salón de extremo a extremo.

Al fondo, a la derecha, el empleado del local se aprestaba con inusual rapidez a terminar de acondicionar el pavimento del amplísimo recinto. No le fue difícil adivinar las intenciones de los recién llegados. En un alarde de gallardía, sujetando con fuerza la madera de la fregona, se interpuso en el camino de los insólitos visitantes.

Vasil, para los foráneos primo de Giorgi, sin atenerse a preguntas ni contemplaciones, le asestó un duro golpe en las costillas, negándole la oportunidad de pronunciar palabra. Encogido de dolor, el atrevido

encargado emitió un ahogado quejido. Sin permitirle tomar respiro, el primero de los asaltantes le asió por el brazo izquierdo con brusquedad. A continuación, le retorció la extremidad por detrás de la espalda.

El inequívoco sonido del crujir de huesos, seguido del estrépito de la fregona precipitándose por el piso, formalizaron de facto el estremecedor alegato. El empleado, preso de dolor, cayó de rodillas sobre el resplandeciente azulejo.

—Todo tuyo —profirió Vasil, escenificando un cierto aire de menosprecio hacia el camarero, quien no tenía culpa alguna.

Sin mostrar respeto ni cuidado alguno, Bogdan lo cogió por la parte trasera del cuello de la almidonada camisa. Acto seguido, demostrando una inequívoca destreza, arrastró por el suelo al infeliz agredido hacia la cocina. Aseguró su silencio amordazándole y maniatándole sin paliativos ni consideraciones.

Al salir de aquel antro embrutecido al que denominaban cocina, atascó los tiradores de la puerta con el desprendido palo de la fregona. Un brazo, dos costillas rotas y considerables magulladuras diagnosticarían con posterioridad el traumatólogo de urgencia.

Con celeridad, desenvoltura y firmeza dignas de profesionales del hurto, los agresores desvalijaron la pequeña caja registradora. A base de contundentes golpes, saquearon las máquinas de juego y la expendedora de cigarrillos. La visita diaria de los numerosos empleados de la fábrica y representantes comerciales garantizó un botín en absoluto despreciable. Día aciago, sin duda, para los intereses del comedor.

Pero, para su entender y sapiencia litúrgica, convinieron en destrozar y revolver de forma indiscriminada mesas, sillas, cubiertos, platos y cuantos utensilios encontraron a su merced, pretendiendo fingir un robo no premeditado.

Finalmente, antes de abandonar el local, cercenaron con desfachatez y alevosía el cable de la línea telefónica que, junto con el requisado teléfono móvil del entumecido y desdichado empleado, depositaron en uno de los enormes cubos industriales de basura.

Bojan, acompañado en el interior de la acogedora berlina por los dos frenéticos asaltantes del restaurante, avistó desde su privilegiada

posición a Giorgi y a Plamen, camaradas cuya prioritaria misión estribaba en acceder a las dependencias de oficinas.

Primer piso, torre central.

Vestidos de oscuro, corrían hacia su posición a través del ahora infinito césped artificial, separador de las edificaciones principales. Sujetas por los hombros, sostenían en la espalda sendas mochilas. Los adivinados movimientos, irregulares por la carrera, las sugerían repletas y pesadas.

Una veintena de metros antes de alcanzar su objetivo, desde el auto donde el patriarca permanecía expectante al volante, se disparó de pronto, dominador, estridente y sin prejuicios, el escalofriante sonido de la alarma del recinto.

La evidencia resultó estremecedora: habían transgredido el tiempo límite de permanencia permitida en el interior del edificio.

Bojan refunfuñó un nuevo improperio, ininteligible.

Por suerte para ellos, a los aludidos les resultaba imposible escucharle desde la distancia. Corrían sobre la hierba con las mochilas a hombros, jugándose el pellejo.

Giorgi y Plamen lograron acceder a las oficinas por el pasillo del taller de producción, anexo al almacén de reparto. Instante en el que saltó el primer aviso de emergencia.

Conocedores del protocolario sistema, inutilizaron con inmediatez el aullido de la estridencia. El revuelo y la confusión quedaron difuminados al realizar los guardias jurados un breve recorrido de inspección por las inmediaciones. Finalmente, la casual insensatez fue atribuida a un pequeño lapsus del sistema.

Ni era la primera vez que sucedía, ni los vigilantes sospecharon que sería la última.

Las cámaras de vídeo no supieron recoger suficientes imágenes alterantes que pudieran poner en entredicho la sincronización del sistema de seguridad.

Eclipsada la brevísima primera señal acústica, forzaron el antagonico armario de la caja fuerte mediante los consistentes taladros eléctricos de alta precisión que traían consigo en sus macutos.

Como les fue ordenado, de la armadura sustrajeron billetes, monedas y cuantos documentos les parecieron susceptibles de negociación.

Inquieto por las vicisitudes añadidas al enigmático plan de malversación, Giorgi corroboró en el cronógrafo de su muñeca el temido presentimiento.

—¡Tenemos que irnos! —Anunció en voz alta—. ¡Pronto saltará la segunda alarma!

Plamen seguía empeñado en adueñarse del contenido íntegro del envejecido arcón de acero fundido.

—¡Déjalo ya! ¡No nos queda tiempo! ¡Tenemos más que suficiente! —insistió el primero de ellos, gritando exasperado por la demostrada avaricia de su compañero.

—Okey, ¡vámonos! —convino Plamen, insatisfecho.

En el tiempo en que trabajaron en la entidad, resultó ser el más perjudicado de la obcecada trama.

Corriendo hasta alcanzar la escalera interior, pensaban en la estrategia de escape, ascendiendo los infames peldaños de madera cual cazadores poseídos en pos de su presa. Sin mediar palabra, pasaron directamente a la acción, encargándose cada uno de su asignado cometido.

Desmontado con pericia y rapidez el escorado panel del falso techo, lograron izarse, no sin dificultad, hasta el interior de la doble cubierta. Sin tiempo para dirimir más opciones, penetraron voluntariosos por el amplio conducto de aire acondicionado.

Restaba el último tramo.

Al conseguir el final del canalón, se dejaron caer al pequeño patio de luces interior sin apenas causar ruido, para, de inmediato, ascender a la buhardilla por la cara interna del edificio, saltando de repisa en repisa.

El pequeño desván romboide, utilizado como buhardilla, constituía la antesala de la azotea. Ayudándose por firmes gomas sujetaequipajes con final en forma de gancho, huirían del edificio descolgándose por el lateral superior de la terraza.

Las tiras elásticas, empleadas a modo de cuerdas de escalada, facilitaban asirse, no sin aprietos, a la escalera de incendios. Designar escalones a los antiguos anclajes oxidados sujetos a la pared definía el cuidado y respeto del arcaico equipo de mantenimiento.

Los estribos de grillo, anclados en el muro posterior, aparecían desde el nivel superior del otrora balcón de cortesía. La parte trasera del

bloque, carente de iluminación, confabuló postrarse como perfecta aliada al propósito, aconsejándoles huir con máxima ligereza.

El administrativo responsable de la caja, fiel a las ordenanzas protocolarias, acataba escrupulosamente y a diario la negativa de no acumular excesivo efectivo, pero la subjetiva trascendencia de la relatividad se alineó de parte de los malhechores.

Final de mes.

La cantidad y la frecuencia quisieron pronunciarse en favor del asedio.

Encorajinado por el aullido del sistema de alarma, Bojan accionó el engranaje del motor. Alteradísimo por el inesperado suceso, fue al encuentro de los muchachos, demostrando sin pudor la sobresaliente intensidad cinemática del auto, obviando la travesía adoquinada. Continuó por entre la recortada hierba, enzarzándose con los matorrales que redecoraban la suntuosa parcela. Poco faltó para quedar atrapados entre los hierbajos.

La reacción de los montañeros de ocasión no hizo desmerecer la voluntad del cabecilla. Plamen ocupó la plaza delantera, verificando su acelerado nerviosismo, y Giorgi se abalanzó por la entreabierta portezuela, posándose por encima de los ocupantes traseros sin preocuparse por cerrarla.

Maniobrando una imaginaria curva elíptica marcha atrás, el piloto redirigió impulsivamente el vehículo hacia el firme de la calzada.

Fiándose de su instinto, Bojan, desenfrenado por el desconcierto, condujo el coche en sentido opuesto al curso natural. Presumiendo imposible traspasar el acceso de salida con garantías, encarriló el automóvil sin piedad en dirección al de entrada.

El agresivo golpetazo contra el reverso de la barrera de obligada admisión resquebrajó la humilde sujeción, obligando al poste de madera blanquinegra contra el chasis y el frontal del cristal delantero.

Bojan pestañeó con fuerza unas décimas de segundo, deseando que el estallido sufrido por el parabrisas no pusiera en peligro el final de la conquista.

Atraídos por el golpetazo contra la barrera y el espectáculo automovilístico sobre la maleza, aderezado con intempestivos rugidos de motor y atascos de final de carrera, un buen número de empleados

del almacén apartaron su rutinario quehacer, reafirmando su lógico impulso emocional.

El vigoroso temperamento infundido por Bojan en su conducción mantuvo a los operarios alejados de posibilidad alguna de reacción.

Retirándose cual alma que huye del diablo, retomó la senda de la servidumbre de paso adyacente.

Pronto las circunstancias se tornaron benévolas: circulaban de nuevo por la autopista de peaje.

Trece kilómetros después de la hazaña, tomó la vía de salida para adentrarse en la primera área de servicio, dirección norte.

La presumida berlina en granate oscuro rodeó la parte oriental de la zona, lugar donde, por costumbre y espacio, descansaban en corro los vehículos pesados.

Sin concederse la elegancia de reducir velocidad, encaró atrevido la desplegada rampa del inmenso contenedor amarillo anaranjado que encontró esperándolos en la zona reservada para vehículos articulados.

Una vez que la berlina quiso creer estar a salvo en el interior del contenedor, las pesadas compuertas traseras de la plataforma fueron selladas con diligencia.

Los cinco ocupantes del estilizado automóvil aprovecharon el momento para descender por el lateral de la desnivelada poltrona de carga y descarga.

El dueño, conductor del camión tráiler, sin perder ni un solo instante de su valioso segundero, canjeó con Bojan las llaves de su antiguo Ford Mondeo gris metalizado por las del elegante turismo Bentley, apadrinado desde ese instante en el interior de su carruaje.

—Magnífico trato, a pesar de la deteriorada luna delantera.

El sensacional auto de nacionalidad británica pasaba a formar parte de la exportación de maquinaria pesada, registrada con destino al depósito franco aduanero de Algeciras.

El buque transportador, bautizado con el sobrenombre Ángel de Argel, partiría veinticuatro horas más tarde desde el Puerto de Algeciras rumbo a las aduanas de Tánger y Argelia. Cometido que ejecutaba, por intereses comerciales, para una conocida empresa internacional con periodicidad quincenal.

Bojan conducía el vetusto Mondeo plateado por la autopista de peaje, disponiendo de un ticket de entrada impreso tres horas antes del incidente.

Complacido con el resultado, bajó manualmente la ventanilla de su izquierda. La entrada del renovado aire nocturno refrescaba el cochambroso interior. El debilitado climatizador resultaba insuficiente y las impurezas que, muy a su pesar, contenía el limitado habitáculo, hacían irrespirable la reducida estancia.

No importó.

Entusiasmado, miró al cielo, sonriendo dichoso por vez primera en mucho tiempo. A su entender, obtenía como presente por la proeza alcanzada el saludo de la resplandeciente espectadora de excepción.

El conductor, agradecido, correspondió encantado mediante un prolongado destello de luces largas.

Los halógenos del auto metalizado descubrieron al fondo del decorado el esbozo arquitectónico del emplazamiento al cual se dirigían.

Imaginó la sonrisa de su mujer.

Mirando al cielo, la suponía dándole las gracias a su dios por haberle concedido el mayor de sus tres deseos.

El posterior recuento constató recompensa más que suficiente. Las deudas contraídas por participar en la parte invisible del negocio podrían ser, gracias a las sagradas fechas que canonizan los principios de mes, resarcidas con creces.

Como bien describiera el letrado a quien consultaron su caso, la sensación de haber sido objeto de una irracional estafa se diluía en una soberbia y arriesgada acción de una sola tarde-noche.

—Créanme cuando les digo que estoy con ustedes. Deben confiar en mí. Les aseguro la imposibilidad de enfrentarnos por vía legal a tanta injusticia. En el mejor de los casos, necesitaríamos testigos que, por las descritas vejaciones contractuales cometidas en modo irregular y reiterativo en el tiempo, a todos se nos antojan imposibles de conseguir. En este lance —añadió—, las pruebas no están de nuestra parte y las consecuencias, disculpen mi franqueza, son inasumibles para alguien como ustedes. Lo siento —concluyó, ofreciéndoles un atisbo de media sonrisa acompañada de un apacible apretón de manos.

